



LA CUREÑA HUMANA.

I.

En los últimos días del mes de Marzo de 1811, la causa de la Independencia había sufrido bastantes reveses y parecía perdida.

Los primeros jefes y los más principales, habían caído prisioneros en Acatita de Baján, gracias á la traición de Elizondo, e iban camino de Chihuahua, donde les esperaba el suplicio.

Los grandes ejércitos que habían formado desaparecieron como el humo, y sólo quedaba de ellos un pequeño Cuerpo de tres mil hombres, desorganizado por las derrotas y desmoralizado por la traición que le seguía por todas partes.

Mandaba ese ejército en el Saltillo un abogado joven, sobrino en grado lejano del Cura Hidalgo y que había sido el Ministro universal de Estado de éste, Don Ignacio López Rayón, que hasta entonces había demostrado entender más de leyes que de cañones, pero que en lo sucesivo iba á poner en evidencia que entendía tanto de los unos como de las otras.

Tenía á sus órdenes al vencedor de Guadalupe, al "amo" Torres, tan leal y tan valiente; á los Mariscales Don Juan Pablo Anaya y Don Víctor Rosales, cuya suerte posterior había de ser tan diversa; al moreliano Villalongín y á los siniestros Ponce é Iriarte, que mucho quehacer habían de darle.

Sin querer pensar en los peligros que le esperaban en su marcha á través de un país enemigo, decidió retirarse á Michoacán, cuyo terreno le era muy conocido, y hacerse fuerte en Zitácuaro, su pueblo natal, donde contaba con sostenerse por mucho tiempo.

Salió del Saltillo con su pequeño ejército, y á las pocas leguas fué atacado por el realista Ochoa, que creía seguro el triunfo, pues tenía inteligencias en el campo insurgente; pero sus esperanzas salieron fallidas, pues Rayón lo derrotó en los Piñones, y en seguida, para hacer un escarmiento, este jefe hizo fusilar al traidor Iriarte.

Empezó á seguir el ejército un camino árido, triste, desprovisto de agua y casi de vegetación y caldeado por los ardientes rayos del sol de Abril; más penoso aún lo hizo la deserción de Ponce y la ruptura de los odres en que se conducía el agua. Los animales, sedientos, caían para no levantarse más, no obstante los esfuerzos que sus conductores hacían, y todos esperaban con espanto el momento en que á los hombres faltasen también las fuerzas y empezaran á caer, señalando el camino de la expedición con un reguero de sedientos y de cadáveres.

En la noche del segundo día de tan terribles sufrimientos, los guías anunciaron que estaban cerca de la hacienda de San Eustaquio, y en consejo de oficiales se deliberó si el ejército insurgente debía apoderarse de la hacienda ó seguir su camino; pero habiendo dicho alguien que dentro de ella había agua en abundancia, armas y provisiones, de todo lo cual estaba tan necesitado el ejército de Rayón, se decidió apoderarse de ella para evitar la desaparición de ese ejército.

Torres fué comisionado para hacer un reconocimiento previo, á fin de combinar el plan de ataque, y la tropa se dispuso á la batalla.

II.

Era la hacienda de San Eustaquio una pesada y maciza construcción colonial de las, que ya quedan pocas, y que más pa-

recía una fortaleza que una casa de campo.

La casa principal, las dependencias y las rancherías, estaban encerradas dentro de un recinto cercado con gruesas y resistentes paredes rematadas en almenas, que servían para resguardar á los trabajadores de las incursiones posibles de los indios bárbaros.

Una sola puerta, en la fachada principal, daba entrada á toda la hacienda, y á la sazón estaba cerrada y bien atrancada, en previsión de la cercanía de los insurgentes, y un vigía desde lo alto de la torre de la capilla inspeccionaba incesantemente los alrededores, para dar la alarma y hacer que la gente se pusiera en estado de defensa.

Esa fachada principal daba sobre el camino real, la de la izquierda á una ladera llena de cactus y malezas inextricables y al través de las cuales era materialmente imposible penetrar si no era limpiándola previamente, y la parte posterior y de la derecha á una profunda barranca cortada casi á pico y que las defendía naturalmente. Además, dentro de la finca había doscientos hombres perfectamente armados, y cuyo jefe era el mismo dueño de la hacienda, un español de carácter duro y cruel que veía con desprecio á los insurgentes y que hacía pocos días había mandado azotar despiadadamente á un Coronel de Aliende que cayó en sus manos.

En tales circunstancias, la hacienda era una verdadera fortaleza, casi inexpugnable para el pequeño ejército de Rayón, que no disponía de más artillería que un pequeño cañón de bronce que se llevaba á lomo de mula por carecer de cureña.

El plan de ataque, aunque sencillo de forma, era de difícil realización: se atacaría de frente la hacienda con el grueso de la tropa y se destacaría una pequeña sección para rodearla y evitar, ó la salida de algún mensajero en demanda de auxilio á Zambrano, ó la llegada de refuerzos; y para tratar de salvar la barranca.

El cañón se utilizaría para batir la puerta, y al efecto se intentó colocarlo al frente, sostenido por unas grandes piedras que se encontraron cerca; pero pronto se vió que eran ineficaces, pues al hacer explosión la

pólvora, las piedras se separaban y la bala iba á clavarse en el camino, sin hacer ningún daño á la pared ni á la puerta de la hacienda.

El tiempo urgía, porque los defensores de ésta empezaban á hacer certera puntería y ya algunos cadáveres y heridos se veían regados por el suelo y el fuego á descubierto de los insurgentes ningún daño causaba á aquéllos.

—¡Una cureña! decía con desesperación el jefe insurgente; ¡una cureña y estamos salvados! porque la puerta caerá á los primeros tiros, y encontraremos agua.

Pero en la imposibilidad de encontrarla, los jefes y soldados se veían unos á otros con desesperación, y aun no faltaba alguno que opinase que para ellos era inexpugnable San Eustaquio.

III.

Las circunstancias se iban haciendo cada vez más críticas, hasta que de entre el grupo de los artilleros se destacó un hombre de elevada estatura y de atlética complexión, muy conocido en el ejército por su extraordinaria fuerza.

Se llamaba Valdivia, se había alistado en el ejército de Torres y en la batalla de Calderón se distinguió por haberse defendido, desarmado como estaba, de dos dragones de Flon, á quienes mató de una sola bofetada á cada uno; de una "guantada," como decían sus compañeros de armas.

Se acercó al oficial que mandaba la fuerza y le dijo sencillamente:

—Mi jefe, se necesita una cureña para el cañón, y como no la hay, yo puedo hacer de cureña.

—¡Tú! dijo el oficial estupefacto; pero, ¿no comprendes que eso no es posible?

—Yo aguanto el cañón.

—Pero aunque lo aguantes, el rechazo sólo del cañón te puede matar.

—Veremos. Y aunque me mate, se salva el ejército si cae la puerta.

—Como quieras, pero puedes morir.

—Hagamos la prueba, mi jefe. ¿Me da usted permiso de ser cureña?

—Haz lo que quieras, respondió el oficial, encogiéndose de hombros.

—Amárrenmelo recio, muchachos, dijo entonces Valdivia á sus compañeros.

Empezó entonces una escena extraña en medio del silencio que había sucedido al estruendo de los disparos, pues unos y otros, queriendo ahorrar sus municiones, habían establecido una tregua tácita.

Los artilleros con lazos sujetaron fuertemente el cañón á la espalda de Valdivia, después de poner varios sarapes entre el cuerpo y el arma, tanto para que ésta quedase más firme, como para amortiguar el golpe.

Una vez terminada la operación, Valdivia se puso en pie con facilidad y situándose frente de la puerta de la hacienda, dijo al oficial:

—Apunte usted bien, mi jefe.

Fué cargado el cañón, y hecha puntería. Valdivia, que se había arrodillado, bajó la cabeza, se dió fuego á la mecha y el tiro partió, yendo á dar á un ángulo de la puerta, que aunque quedó agujereada y crugió, no cedió.

Una descarga cerrada de los defensores, asombrados de tanta audacia y temerosos de que la puerta cediera, se escuchó, y al mismo tiempo se levantó entre los asaltantes un clamoreo entusiasta y muchos gritaron:

—¡Otro tiro y la hacienda es nuestra!

Valdivia, densamente pálido, pero sin dar señal alguna de debilidad, levantó la cabeza y el cuerpo para ver los efectos que había causado el cañonazo y dijo:

—Se necesita otro cañonazo.

Fué cargado de nuevo el cañón y rectificada la puntería. La bala sacó de quicio á la puerta y la hizo medio caer sobre los escombros que se habían amontonado por la parte de adentro para reforzarla. Pero la brecha quedaba abierta y el oficial insurgente lanzó inmediatamente su gente al asalto, sin escuchar un ¡ay! desgarrador que la cureña humana había lanzado, ni ver que Valdivia había caído, cuan largo era, sobre el suelo.

Sólo una mujer, una soldadera de las que

acompañaban el ejército, se lanzó á socorrer al humilde héroe que había quedado olvidado; ayudada de otras cortó las ligaduras que sujetaban el cañón al hombre, quitaron con muchos trabajos el arma haciéndola á un lado y trataron de ayudar á Valdivia á levantarse.

¡Pero imposible! Aquel hércules que había resistido dos disparos no pudo ya ponerse en pie, y aunque no tenía ningún hueso roto, su organismo había sufrido tal choque, que había quedado contrahecho.

IV.

Los primeros asaltantes que quisieron penetrar por la abierta brecha, cayeron muertos por las balas de los defensores, pero los llegados después consiguieron entrar y se esparcieron por el gran patio á los gritos de ¡Viva Hidalgo! ¡Viva Rayón! ¡Viva América!

Por un momento, sin embargo, pareció que iban á ser rechazados, pues los defensores empezaron á hacer un fuego certero desde las póvedas de la capilla; pero los gritos de ¡Viva Rayón! que resonaron á sus espaldas y la irrupción de nuevos combatientes, sembró el pánico entre ellos y los hizo huir.

Era que los del destacamento enviado para circunvalar la hacienda habían realizado una nueva hazaña.

Después de explorar el terreno, atravesaron la barranca y llegando á la ladera, para lo cual hubieron de vencer muchos obstáculos, comprendieron que sólo podían penetrar por ese lado á la hacienda, escalando las elevadas tapias; el jefe que mandaba el destacamento ordenó traer las "reatas" que en la silla de sus cabalgaduras llevaban los jinetes, é hizo que cincuenta de los más hábiles lazaran las resistentes almenas de la fachada.

Hecha esta operación, empezaron á subir en silencio, seguros de que la atención de los defensores estaba concentrada en el punto del ataque principal.

Así que los cincuenta hombres, con excepción de dos que se desbarrancaron, estuvieron sobre el muro, á horcajadas pasaron

al lado interior de él y las mismas reatas les sirvieron para descender á uno de los patios de la hacienda, sin que la atrevida maniobra fuese sentida por los defensores de ésta, ocupados, como estaban, en rechazar el asalto por el lado del camino real.

Formados, con sus pistolas en la mano, llegaron al lugar del combate, y después de hacer una descarga que amedrentó á los sitiados, al grito de ¡viva Rayón! se precipitaron con sus machetes sobre aquéllos, con lo que se declaró la victoria de los insurgentes. Los defensores de San Eustaquio huyeron por todas partes, y al ser perseguidos se rindieron; sólo un grupo pretendió hacerse fuerte en una troje, pero amenazados de perecer achicharrados, á cuyo efecto se llevaron á la puerta grandes barcinas de paja, también se rindieron.

Costó trabajo poner orden en las filas independientes, que pretendían entrar á saco desordenado á la hacienda; pero al fin los jefes se impusieron y el ejército, después de calmar la sed que le atormentaba, se proveyó de todos los víveres que encontró, recogió armas y caballos, y establecidas las guardias necesarias, se entregó al descanso, para continuar su marcha al día siguiente.

Aquella victoria le devolvió la moral perdida, y con las provisiones recogidas pudo seguir su camino sin cuidado, derrotar á Zambrano y ocupar á Zacatecas, de donde sacó abundantes recursos. Sin embargo, aquella victoria no podía dejar de tener su corolario siniestro, como sucedió en todas las de esa guerra, pues el dueño de ella, Larrainzar, fué azotado, en venganza de los azotes que él había mandado dar á un jefe insurgente, y una mano criminal prendió fuego á la hacienda, cuando los últimos soldados de Rayón salían de ella.

V.

Valdivia, que durante el combate había sido olvidado y sólo quedó en poder de las compasivas soldaderas, fué llevado á la hacienda cuando terminó aquél y atendido con los escasos recursos de que allí podía disponerse. En camilla acompañó al ejército

hasta Zacatecas, siempre al cuidado de la soldadera aquélla, llamada "La Guanajuatense;" que, sin embargo, lo dejó por poco tiempo al ir á empezar el ataque de la ciudad, pues Rayón, para hacer creer que tenía más gente que la que en realidad llevaba, formó una brigada de mujeres disfrazadas de soldados y puso al frente de ella á "La Guanajuatense," que, como sus compañeras, se portó bizarramente.

En aquella población pudo ser curado Valdivia, "el hombre-cureña," como le decían sus compañeros; pero inútil ya para el servicio, y deseando ponerse en cura formal, pidió permiso á Rayón para separarse del ejército.

El General se lo concedió, obsequiando al denodado insurgente con una buena cantidad de dinero, con la que Valdivia decidió ponerse en camino para Tepic, su tierra natal, en compañía de "La Guanajuatense," que había sido herida en la toma de Zacatecas.

En el camino se separó de los independientes, y con muchas fatigas y sobresaltos por las numerosas partidas que infestaban los caminos, llegó á Tepic, y después de algún tiempo consiguió andar por su pie, pero nunca más volvió á enderezarse y á poder levantar la cabeza.

Conservó su prodigiosa fuerza aún en la época de su ancianidad, y cuéntase que, con una sola mano, podía sujetar al caballo más brioso é impedirle que caminara.

Sobrevivió muchos años á la retirada de Rayón, y la vida le alcanzó para ver realizada la Independencia de México, á la que él con su grano de arena había contribuido, y falleció en un pueblecillo cercano á Tepic, allá por los años de 1840.

La historia ha dejado de consignar en sus páginas el nombre de este héroe, como lo ha hecho con otros tantos ignorados, y sólo la tradición local ha conservado el recuerdo de su hazaña y el sobrenombre bastante significativo que le dieron sus contemporáneos: "El hombre-cureña."

A tal punto llegaron á identificarlo con aquélla, que, olvidando su apellido de Valdivia, le llamaban "Cureño."

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.



HEROINAS DE LA INDEPENDENCIA

Ni el sexo, ni la edad fué perdonada; los niños tiernos, la belleza misma, las gracias que desarman al soldado, todo sufrió sus vengativas iras.

("Gaceta de Bogotá," 1820).

I

El corazón de la mujer es urna sagrada que encierra los más suaves y delicados perfumes, la santidad de la virtud, la piedad de la religión, lo mismo que el cariño abnegado de esposa, de madre y de hija.

La mujer mexicana ha arrullado á sus hijos, á la apacible luz de la lámpara del hogar, y los ha alentado con su ejemplo en los peligros y combates, entre el fragor de las armas y á la rojiza llama de los incendios.

Durante la guerra de insurrección, las mujeres mexicanas recorrieron nuestras ciudades y campos de batalla, como diosas protectoras, ya anunciando el génesis de nuestra independencia, ya avivando con su amor un amor más grande y santo; ora sorprendiendo con hazañas que rayaron en lo fabuloso, ora en fin derramando su propia sangre, no contentas con haber ofrecido la de sus hijos.

"Las mujeres mexicanas, decía un testigo ocular de aquellos homéricos tiempos, ca-

sadas con españoles ó criollos, eran secreta ó abiertamente partidarias de la independencia. El temor del castigo no reprimía en modo alguno su decidido patriotismo: durante la revolución fueron siempre fieles á la causa de la independencia y en muchas ocasiones se distinguieron por su valor é intrepidez. Cualquiera derrota de los patriotas tendía una nube sobre sus serenas frentes; y sus hermosos ojos, á la noticia de cada victoria, se llenaban de lágrimas, de júbilo, y brillaban con doble resplandor. Las canciones con que las madres entretenían á sus hijos, respiraban libertad y odio al despotismo español"..... (*)

Con los nombres de estas heroínas, pocos conocidos y muchos ignorados, es preciso formar un ramillete inapreciable, para depositarlo en el santuario donde veneremos á la deidad que personifica la tierra en que nacimos.

II

La primera, una de las más grandes, es aquella esforzada mujer que en medio de la noche envía un emisario á Hidalgo, para comunicarle que la conspiración de Querétaro ha sido denunciada.

El mensaje se puede traducir en las bellísimas palabras de don Ignacio Ramírez.

"En pos de estas letras van la prisión y la muerte; mañana serás un héroe ó un ajusticiado; en esta revolución está la pérdida de mi libertad; pero este sacrificio no será estéril, porque sé que me mandarás en contestación el grito de independencia."

Y no se equivocaba. El eco de las campañas de Dolores; que saludaron á la más espléndida de nuestras auroras fué la contestación que dió el heroico Hidalgo á Doña Josefa Ortiz de Domínguez, que por su oportuno aviso y por sus sacrificios posteriores, será la primera y una de nuestras más grandes heroínas.

(*) *Memoirs of the Mexican revolution, and of General Mina*, by W. D. Robinson, London, 1821.

Grande también, sublime por su amor á la independencia, demostrado desde la edad de 19 años, es Leona Vicario, que improvisa correos, que alienta á los tímidos, que remite recursos á los independientes, que protesta morir antes que denunciar á los conspiradores, que sufre resignada una prisión de la cual logra evadirse para ir en pos de la guerra, llevando consigo una imprenta que reproduce los pensamientos y aspiraciones de los patriotas insurgentes.

Una vez con los suyos, se une á su amante, "enciende la antorcha nupcial en la hoguera del patriotismo," como dice don Ignacio Ramírez, y descíñe tal vez "su guinalda y su velo para vendar una herida en la frente del desposado." (*)

Leona Vicario tiene un rasgo liberalísimo, no nuevo en los anales del desprendimiento femenino: pero á nuestro juicio muy desinteresado por su realización.

Leona Vicario, para comprar el bronce con que se habían de fundir cañones en Tlalpujahua el año de 1821, vendió sus joyas.

No amenguamos el mérito indisputable que tiene Isabel la Católica, la gran reina de España, de haber ofrecido sus alhajas para descubrir y conquistar el Nuevo Mundo, pero admiramos más la acción de la heroína mexicana que vende sus joyas para defender y alcanzar la libertad de un pueblo.

III

No tan conocida como la Corregidora y Leona Vicario, pero tan amante de su país como las primeras, fué la esposa de don Manuel Lazarín, doña Mariana Rodríguez del Toro.

Era la noche del Lunes Santo de 1811.

En la casa de Lazarín, reunidos en amena tertulia se hallaban muchas personas, entre las cuales no pocas se distinguían por su afecto á la independencia.

De repente, después de las 8 y media de la

(*) Sabido es que Leona Vicario casó con el distinguido patriota don Andrés Quintana Roo.

noche, un repique á vuelo de las campanas de la Catedral y una salva de artillería, pusieron en alarma á los tertulianos de Lazarín.

¿Qué indicaba aquél brusco toque de campanas y aquellos desusados disparos de cañón, á tal hora y en tiempo santo? El gobierno virreinal, regocijado con la prisión de Hidalgo y de sus ilustres compañeros, anunciaba tan fausto acontecimiento para los realistas y tan lamentable para los insurgentes.

En la casa de Lazarín, la noticia cayó como un rayo. El pánico enfrió las venas de los tímidos; pero entonces, una mujer tan varonil como su patriotismo, se levantó en medio de todos, diciéndoles:

—¿Qué es esto, señores? Qué! ¿Ya no hay hombres en América?

Los cobardes, confusos aunque reanimados, preguntaron:

—¿Pues qué hacer?

—¡Libertar á los prisioneros!

—¿Pero cómo?

—De la manera más sencilla: ¡apoderarse del Virrey en el paseo, y ahorcarlo!

Esa noche nació la conjuración conocida en nuestra historia por conspiración del año 11, que fracasó, es cierto, pero que despertó el espíritu público, y pudo ser de funestas consecuencias para el gobierno español, porque en ella estaban comprometidas muchas personas notables de la época, como escritores, abogados, miembros del clero y aun de la nobleza.

Doña Mariana Rodríguez sufrió en cambio las más crueles persecuciones, y prisionera en unión de su esposo, no se vió libre sino hasta el año de 1820.

No sólo en la capital y en conspiraciones sufriendo insultos y cárceles, también en el campo de batalla y luchando en compañía de los bravos insurgentes, hubo heroínas en aquella memorable guerra de emancipación. De éstas fueron, Manuela Medina, natural de Texcoco, y María Fermina Rivera, nacida en Tlaltizapam.

La primera llamada La Capitana, levantó una compañía de independentes; se encon-

tró en siete acciones de guerra; sólo por conocer al gran Morelos emprendió un largo viaje de más de cien leguas, y al fin de la jornada dijo "que ya moriría con gusto, aunque la despedazase una bomba de Acapulco."

Manuela Medina murió en su ciudad natal en Marzo de 1822, á consecuencia de dos heridas que recibió en un combate y que la tuvieron postrada año y medio en el lecho del dolor.

La segunda, doña María Fermina Rivera, fué viuda del Coronel de Caballería don José María Rivera y "tuvo que luchar con hambres terribles, caminos fragosos, climas ingratos, y cuanto malo padecieron sus compañeros de armas, pudiendo ella dar tal nombre á los soldados porque algunas veces cogía el fusil de algunos de los muertos ó heridos, y sostenía el fuego al lado de su marido con el mismo desnudo y bizarría que pudiera un soldado veterano." (*)

Doña María Fermina murió en la acción de Chichihualco, defendiéndose valerosamente al lado de don Vicente Guerrero, en Febrero de 1821.

Junto á estas nobles matronas, debe figurar María Herrera, que huérfana de madre, quemó su hacienda para no proporcionar recursos á sus enemigos. Fué ella la que alojó al inmortal Mina en el rancho del Venadito, donde cayó prisionera, con su ilustre huésped; y perseguida después, robada, insultada por una soldadesca incapaz de respetar al heroísmo, tuvo que vivir en medio de los bosques, desnuda y hambrienta como una eremita consagrada en la soledad para rogar á Dios por la salvación de la patria.

IV

La guerra de independencia en México tuvo también heroínas mártires. Los insurgentes nunca fusilaron á mujer alguna, del

(*) Calendario para el año de 1825, dedicado á las señoritas americanas, etc., por "El Pensador Mexicano."

partido realista; pero en cambio, éste manchó sus armas con sangre del bello sexo.

Fué en una noche tempestuosa del mes de Agosto de 1814. Cerca del pueblo de Valticrrilla, (*) bajo las órdenes de don Ignacio García, una partida de realistas se hallaba empeñada en sostener reñida acción con un grupo de patriotas independientes. La lucha era prolongada y heroica. La lluvia proseguía, y el terreno fangoso y surcado de arroyos, aumentaba las dificultades de aquella gloriosa acción, que duró desde las 8 y media de la noche hasta las siete y media de la mañana del día siguiente. No refiere el parte respectivo quiénes fueron los vencedores; solamente hace constar que cayeron prisioneros los patriotas Miguel Yáñez, José Esquivel y Eustaquio Hernández, "emisarios de la mayor confianza de los rebeldes."

García lo participó así á su Jefe Superior don Agustín de Iturbide, quien no tuvo piedad de los vencidos, pues él mismo refiere que los mandó pasar por las armas. "Se fusiló al mismo tiempo—agrega Iturbide,—á María Tomasa Esteves, comisionada para seducir la tropa, y habría sacado mucho fruto por su bella figura, á no ser tan escuchado el patriotismo de estos soldados."

Las ejecuciones se verificaron en la entonces Villa de Salamanca, en el mismo mes de Agosto de 1814.

La heroína María Tomasa Estevez, no necesita de nuestros elogios. Su mismo enemigo se los hizo. Murió por su patriotismo y por su hermosura.

Hay otra heroína de humilde origen, pero que no debemos omitir porque fué también martir de la independencia. Se llamaba Luisa Martínez, esposa de Estéban García Rojas, alias el Jaranero, la cual tenía un tendajón en el pueblo de Erongaricuaro, allá por los años de 1815 á 1816.

En el pueblo todos eran chaquetas, es decir, partidarios de los realistas; pero ella amantísima del bando contrario. Servía á los guerrilleros insurgentes de corazón; con actividad les proporcionaba noticias oportu-

(*) Estado de Guanajuato.

nas, víveres, recursos, y les enviaba, además, comunicaciones de los jefes superiores, con quienes sostenía continuada correspondencia. Un día fué sorprendido por don Pedro Celestino Negrete, el correo de la Martínez, que era portador de cartas dirigidas al guerrillero Tomás Pacheco. Luisa Martínez huyó; pero perseguida, hecha prisionera y encapillada, hubo necesidad de que diera dos mil pesos y prometiese no volver á comunicarse con los patriotas, para que recobrase su libertad. Mas no escarmentó en lo sucesivo. Tres veces más se le persiguió, encarceló y multó hasta que al fin no pudo satisfacer la cantidad de cuatro mil pesos que le exigía don Pedro Celestino Negrete y fué fusilada de orden de éste en uno de los ángulos del cementerio de la Parroquia de Erongaricuaro, el año de 1817.

Poco antes de morir, dirigiéndose á Negrete le dijo:

—“¿Por qué tan obstinada persecución contra mí? Tengo derecho á hacer cuanto pueda en favor de mi patria, porque soy mexicana. No creo cometer ninguna falta con mi conducta, sino cumplir con mi deber.” (1)

Negrete permaneció inflexible, y Luisa Martínez, cayó atravesada por las balas de los realistas.

El Estado de Michoacán cuenta otra heroína martir, doña Gertrudis Bocanegra de Lazo de la Vega. Luchó con sublime abnegación por la patria. Sacrificó en aras de ella á su esposo y á sus intereses. Mina y otros caudillos le debieron que les salvara la vida en más de una ocasión. Ningún historiador consagra otro dato sobre su vida. Sólo sabemos que murió fusilada en la plaza de Pátzcuaro el 10 de Octubre de 1817. (2)

V

Imposible sería hablar de todas y cada una de las heroínas de la Independencia de

(1) Periódico Oficial del Estado de Michoacán, número del día 8 de Enero de 1893.

(2) Gaceta del Gobierno del Estado de México, número correspondiente al 16 de Septiembre de 1894.

México, en un artículo que no puede, por su extensión, ni encerrar sus nombres ni contener sus hazañas.

Contentémonos, pues, con consignar un recuerdo á doña Rafaela López Aguado, madre de los Rayones, que fué digna émula de las espartanas; á doña María Petra Teruel de Velasco, hada protectora de los insurgentes presos; á doña Ana García, esposa del patriota Coronel José Félix Trespalcios, á quien acompañó en una travesía de ciento sesenta leguas y salvó de dos sentencias de muerte que contra él fulminara el partido realista; á las hermanas González, de Pénjamo, que sacrificaron su fortuna y derribaron su casa para unirse con los insurgentes; á las hermanas Moreno, que dieron tantas pruebas de abnegación y de patriotismo, al lado de don Pedro Moreno y de Mina; y á las jóvenes Francisca y Magdalena Godos, también hermanas, que durante el sitio de Coscomatepec, hacían cartuchos y cuidaban á los enfermos.

¿Y qué diremos de las heroínas sin nombre, que por este motivo son más dignas de eterno recuerdo, y de las cuales la ingrata historia sólo ha conservado la memoria de alguna de sus acciones?

La mujer de Albino García, pobre y humilde de origen, montada á caballo, sable en mano, "entraba la primera á los ataques, animando con su voz y su ejemplo á los soldados."

En Soto la Marina, durante el sitio inmortal sostenido por el mayor Sardá y sus heroicos compañeros, "lo abrasado de la atmósfera y los incesantes esfuerzos de la tropa, pronto hicieron insoportable la sed que la atormentaba; y aunque el río se hallaba á pocos pasos, era tan vivo y destructor el fuego del enemigo, que ni el más intrépido de los hombres se atrevió á exponerse para aliviar tan urgente necesidad. En estas circunstancias una heroína mexicana, viendo cuánto sufrían de desfallecimiento los defensores de la patria, tuvo el arrojo de adelantarse en medio de una lluvia de balas y la fortuna de proporcionarles un poco de agua sin experimentar el menor daño."

Hubo otra heroína en Huichapam, que le-

vantó á sus expensas una división de insurgentes, se puso al frente de ella, y en cierta acción, entre muchas que sostuvo, dispersos los soldados por el enemigo, se quedó sola, defendiéndose con tanto valor que obligó al jefe realista y á la tropa de éste le rindieran las armas y le conservaran la vida.....

También una extranjera compartió con las nuestras la gloria de haber sufrido por alcanzar la emancipación de México. Vino con el General Mina desde Galveston, fué francesa de origen y se apellidaba La Mar.

Había residido en Cartagena de Indias y distinguióse por su amor á la libertad americana. En Soto la Marina con la mayor abnegación cuidó de los enfermos y de los heridos, y dió pruebas de heroísmo durante el sitio. Hecha prisionera, fué enviada á Veracruz y obligada "á servir en un hospital en las más penosas y repugnantes ocupaciones." Logró fugarse y unirse á la división de don Guadalupe Victoria, pero al cabo de algún tiempo, fué hecha prisionera de nuevo por los realistas, y puesta á servir en Julio de 1819, con una familia particular de Jalapa. A pesar de repetidos memoriales que dirigió al Virrey, no se le permitió regresar á su país, y estuvo en duro cautiverio hasta la consumación de la Independencia.

De propósito hemos reservado para terminar, la narración de dos episodios que sobrepujan á lo heroico, que son casi sobrehumanos, y de los que fueron protagonistas, en glorioso sitio, doña Antonia Nava esposa de don Nicolás Catalán, uno de los más valientes defensores de la Independencia, y doña Catalina González compañera y amiga de aquella heroína. (*)

En un pueblecito perdido en las escabrosidades de la Sierra de Xaliaca ó Tlacotepec en el Sur, el General don Nicolás Bravo sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban á sus órdenes el citado Catalán y un puñado de valientes; pero la situación era tan crítica, que la rendición se hacía esperar de un

(*) Los nombres de éstas dos ilustres mujeres, me los comunicó el General Nicolás Pinzón, nieto de uno de los oficiales del gran Morelos.

momento á otro. "No era que faltase el valor: era que hacía algunos días que las provisiones se habían agotado y el desaliento había invadido á los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza." El General Bravo hizo un esfuerzo supremo. Sacrificando sus sentimientos humanitarios que siempre lo distinguieron, mandó diezmar á sus soldados para que comiesen los demás. La orden iba á cumplirse cuando doña Antonia Nava y doña Catalina González, seguidas de un grupo de numerosas mujeres, se presentaron al General, y con varonil actitud le dijo la primera:

—"Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles á nuestra Patria. ¡No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración á los soldados." Y dando el ejemplo de abnegación, sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho: cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquél rasgo sublime.

"El desaliento huyó como los fantasmas con la luz de la mañana. Las mujeres se armaron de machetes y garrotes y salieron á pelear con el enemigo.

"Casi todos los insurgentes murieron, pero ninguno se rindió." (*) No satisfecha la heroína, á quien llamaban La Generala con aquella grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de uno de sus deudos que asesinado por los realistas había sido llevado á la presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla, manifestándole que por la patria aún mayores sacrificios debían hacerse; doña Antonia Nava, con voz entera y ahogando su dolor, dirigió á Morelos éstas sencillas pero elocuentísimas palabras:

—"No vengo á llorar, no vengo á lamentar la muerte de éste hombre: sé que cumplió con su deber; vengo á traer cuatro hijos; tres pueden servir como soldados, y

(*) Gerardo Silva, Glorias Nacionales.— México, 1879.

otro que está chico será tambor y reemplazará al muerto."

¿Qué otra cosa hizo Cornelia, la madre de los Gracos?

VI

Para elogiar dignamente á nuestras heroínas, las palabras son pocas, las frases pálidas: los mismos hechos pregonan su grandeza.

Solamente los poetas, con lirras de marfil y cuerdas de oro, son dignos de cantarlas; nuestra prosa es débil, impotente; deslumbrados por los resplandores de tanta gloria, nos contentamos con depositar humildes laureles, símbolo de nuestra gratitud sin límites, sobre las tumbas ignoradas de las madres de nuestra madre La Patria.

LUIS GONZALEZ OBREGON.